La Vida en el Antártico

"Creo firmemente, que cerca del polo sur hay una gran extensión de tierras donde se forma la mayor parte de los hielos del gran océano meridional, pero ese continente se halla todo o casi todo, dentro del círculo polar, y los mares que lo rodean cubiertos de hielo lo hacen inabordable. Ofrecen tantos peligros que me atrevo a decir que nadie irá más lejos que yo".

James Cook (1728-1779)



Introducción

James Cook fue un explorador inglés que presagió la existencia del Continente Antártico, así lo dejó escrito en su cuaderno de navegación el 29 de enero de 1774, pero los peligros que halló fueron tantos, que no dio crédito a que alguien posterior a él tuviera el valor de adentrarse más allá de la latitud que alcanzó con su nave *Resolution.*

Las sospechas de Cook eran fundadas en el sentido de que existía un continente en lontananza, pero erraba al afirmar que nadie más osaría ir más allá que él, como demostraría el marino James Weddell en 1823.

Desde entonces, numerosas misiones a ese continente helado se han sucedido durante dos largos siglos, cada cual con mayor o menor fortuna, tanto en resultados científicos como en vidas humanas, pero hoy en día es un lugar accesible para la investigación y patrimonio de la humanidad.

Pretendo aquí complementar el tema antártico, otras veces expuesto desde otros puntos de vista, aportando visión, experiencias, anécdotas, etc., a raíz de las campañas antárticas desarrolladas por el Buque Oceanográfico *Las Palmas*.

El autor de este escrito conoció una forma de vivir y convivir que, al margen de los aspectos científicos y técnicos de la misión, cree merece ser contada también desde otro ángulo.



Izando la Bandera en la base española *Juan Carlos I*

Rompiendo esquemas: una actitud diferente, una labor vital

Para un profesional que ha tenido una formación y dedicación militar, y ha conocido la disciplina en buques de primera línea, adaptarse a un buque antártico significa cambiar muchos esquemas. Principalmente porque se destacan la *polivalencia*, la *autosuficiencia* y la *confianza mutua* de forma mucho más acentuada que en aquéllos en los que las funciones individuales están especializadas y casi siempre subordinadas en una amplia cadena de mando.

Polivalencia, en tanto que se espera de nosotros un rendimiento muy alto en la ejecución de labores para las que en principio no hemos sido adiestrados. Ahí nos damos cuenta de que nuestras limitaciones son menores de las que creíamos.

Autosuficiencia, porque también es preciso conocer esas limitaciones y no pretender que tendremos ayuda exterior para resolver nuestros problemas. En

nuestra situación, los de cada uno pueden transformarse en colectivos.

Y *confianza mutua*, porque estamos solos, dependemos todos de todos, y debemos confiar plenamente en que el compañero -desde el primero al último- cumpla su misión con profesionalidad.

Ante todo esto, se empieza a adoptar una actitud diferente; nos damos cuenta de que personas que anteriormente raramente debíamos tomar decisiones de trascendencia vital, en muchas ocasiones tenemos que llevar la iniciativa y hacer valoraciones. Nos sentimos con una gran responsabilidad, y llegamos a considerar que nuestra labor es importantísima; es una labor vital.

Una disciplina diferente, *autodisciplina*

Mi concepto de la disciplina siempre se ha basado en la *puntualidad*, *impecable uniformidad*, *acatamiento y puntual ejecución de las órdenes*, y un sin fin de valores que todos hemos conocido por los tratados de moral militar, aunque no siempre los cumpliéramos con la máxima exactitud.

Muchas de esas referencias varían en el ámbito antártico. No es que haya indisciplina: es una disciplina diferente, es *autodisciplina*.

La uniformidad va en función del entorno climático, las señales distintivas desaparecen en el entorno exterior y, no obstante, nunca se cuestiona la autoridad de quien la tiene, y, con todo, es común convivir alegremente mandos y subordinados.



Mandos compartiendo con la dotación

Las funciones individuales están tan asumidas, que no precisan una orden de ejecución. Existe una libertad, bastante distinta de la disciplina a que estábamos acostumbrados. Pero esa libertad nos hace más responsables, nos obliga a

corresponder a la confianza depositada en nosotros no sólo en igual medida, sino con un esfuerzo suplementario de profesionalidad y buen hacer.

El hecho de que jefes de la Armada y del Ejército de Tierra, además de titulados civiles, trabajaran codo con codo junto a sus subordinados en labores pesadas, además de las profesionales, evidencia una gran solidaridad sin menoscabo de su categoría, granjeándose la admiración y respeto de los suboficiales y demás subalternos, que nos sentíamos más obligados que nunca a responder con *autodisciplina*.

Un compañerismo sin precedentes

En toda mi vida militar ---que ya rebasa ampliamente el tercio de siglo--- nunca he llegado a conocer tanto como ahora el compañerismo. Aquella lejana instrucción de la moral militar me parecía utópica en un mundo que ha perdido tantos valores. Felizmente ese sentimiento no sólo lo conocí, lo viví y sentí durante más de 180 días de estrecha convivencia con más de 60 personas, viéndonos 24 horas al día, a lo largo de dos campañas.

Eso me ha hecho pensar que mis compañeros no eran diferentes de los que había tenido en anteriores destinos, simplemente tenían el aliciente de sentirse importantes para con los demás, a todos los niveles, desde el jefe de Agrupación hasta el último marinero. Sentíamos la mutua necesidad unos de otros, había una gran solidaridad y el compañerismo alcanzaba su máxima expresión.

Calor humano y modelo de convivencia

Cuando se convive largo tiempo con otros seres humanos en espacios reducidos, se valoran esos términos. Adaptarse a un medio hostil como el antártico, es difícil. La lejanía familiar, la dedicación laboral exclusiva y permanente, además de otros factores físicos y psíquicos, ayudan a crear un estado de ánimo. Y en el medio antártico, un caso individual influye decisivamente en el conjunto.

Pero si hubo problemas no trascendieron prácticamente a la convivencia pacífica. Es más, se manifestó una actitud positiva general y fechas clave como Nochebuena, Navidad, Fin de Año..., fueron explosiones de júbilo, ¿o quizá una fórmula de escape? Definidas o no las razones de esas actitudes, el *calor humano* se sintió, existió realmente un *modelo de convivencia*. Podría ser éste un buen laboratorio de pruebas para un sociólogo.

Considero que la Antártida ha sido una escuela de convivencia social. Las pautas de comportamiento han cambiado en la mayoría de sus miembros; existe ahora una actitud diferente ante la vida, otra forma de enfocar el vivir cotidiano. Pero los que no lo vivieron quizá no puedan comprenderlo.

Alejados ya de las labores antárticas, persisten con fuerza los vínculos contraídos. Los que convivieron estrechamente durante meses no pierde los lazos que se

crearon entonces, y son comunes las reuniones de ex antárticos, como si sólo entre ellos se sintieran realmente bien y a gusto. El *calor* perdura.

Los que hemos tenido el privilegio de participar en alguna campaña antártica, la comenzamos con una ilusión tal vez desmedida. Teníamos informaciones precedentes que no nos atemorizaban: arduo trabajo, navegaciones intensas, condiciones extremas y hasta un mar de Drake con el calificativo de tempestuoso. Tal vez esperábamos una compensación muy superior a todo eso, pero si la hubo o no, muchos hemos regresado allí.



Desembarcando para una misión en tierra

La realidad es que, una vez allí, se asume el riesgo con extraordinaria facilidad. La posibilidad de perder el buque, sufrir un accidente o quedarse aislado ni siquiera se plantea en voz alta. Las labores diarias se ejecutan con la facilidad de quien realiza trabajos hidrográficos en cualquier punto del Mediterráneo. Naturalmente, se tiene conciencia del medio y de que las dificultades son otras, pero la rapidez en adaptarse es sorprendente.

Tanto es así, que cuando estuvimos a punto de perder un buceador que se golpeó en la cabeza, o en el caso de una presunta apendicitis, las reacciones fueron rápidas, calculadas y frías. Sólo después, meditando en nuestra soledad, apreciamos la gravedad que hubieran supuesto esas pérdidas no sólo para la ejecución de nuestra misión, sino también para la moral de la dotación. El hecho de asumir sin sentimentalismos todas las posibilidades ayudó a que las labores fueran fluidas. Eso puede parecer una aptitud humanamente despegada y hasta temeraria, pero de hecho no es así, sino que está dictada por un principio de racionalidad y eficacia que, en definitiva, son garantía de la seguridad.

Otra forma de hacer Patria

Si algo recordaremos mucho tiempo, es la gran cantidad de amigos que hemos dejado al otro lado del Atlántico. No esperábamos indiferencias, pero tampoco tantas muestras de afecto.

Existen muchos descendientes de españoles que quizá por herencia se emocionan al ver los colores rojo y gualda, y otros muchos que, sin tener relación directa con España ---salvo el idioma---, nos muestran su cariño y respeto.

Recuerdo que al regreso de la Campaña 90-91, en Buenos Aires, una madre con su hija, con la que habíamos trabado amistad, contemplaba nuestra enseña ondeante a popa, exclamando: "Qué bandera más bonita." Todo un orgullo.

A nuestro paso por las distintas bases antárticas, intercambiamos a menudo dotaciones para participar en actos de fraternidad entres los pueblos. Recuerdo una anécdota del refugio argentino "Brown", en el Continente Antártico. Media docena de científicos, entre ellos un militar, nos recibieron en su modesta base, éramos los primeros que veían en algún tiempo, tras encallar y hundirse su buque polar de suministros “Bahía Paraíso”, y nos ofrecieron entre lo poco que disponían una especie de dulce de guayaba y el whisky que nosotros les llevábamos como obsequio. Esa noche les invitamos a cenar a bordo y organizamos una fiesta especial en su honor. Preparamos lo más exquisito de nuestra despensa, cantamos juntos nuestras típicas canciones de juerga, y les ofrecimos nuestro mejor licor. Esas y muchas más cosas calaron hondamente. España y los españoles caldeaban rápidamente aquellos helados parajes.

Llegó incluso a la base uruguaya "Artigas", cuyo jefe dio la bienvenida a los componentes de la expedición española, con un discurso en auténtico lenguaje "paladino", poniendo de relieve el valor y gallardía de los españoles, y recordando los hechos heroicos de Hernán Cortés, entre otras expresiones de afecto y admiración. Muchos de nosotros nos sentíamos un poco fuera de contexto, quizá porque la España actual difiere bastante de la que hemos tenido hace siglos. Pero no dejamos que se notara. Fue... "otra forma de hacer Patria."



Fin de Campaña

Conclusiones

La Antártida ha supuesto para quienes la conocimos un virar por avante y cambio de rumbo en nuestras vidas, una ayuda a la reflexión sobre las relaciones humanas, el renacer de un sentimiento de comprensión mutua y una nueva forma de enfocar la vida. Pero de todo ello extraería lo que considero un valor que no debe caer en desuso y que aprendí a querer: "Un auténtico compañerismo".

Abel Domínguez